

La fe del carbonero

Cuesta vaciar la mente. Cuesta silenciar el pensamiento. Cuesta despedir la imagen. Quiero resaltar esta dificultad práctica con un incidente ocurrido en la propia «tierra de la negación», la India de que voy hablando.

Para contrarrestar los efectos de la superstición entre la gente sencilla, un grupo progresista de jóvenes hindúes se lanzó a ir de pueblo en pueblo como una compañía de teatro, y representaban obras compuestas por ellos mismos, entretenidas en el diálogo y luego enderezadas a comunicar un mensaje claro y decidido contra la superstición, la fe ciega, los abusos cometidos en nombre de la religión.

Uno de sus sainetes consistía en lo siguiente: Sobre el escenario improvisado en la plaza del pueblo, por la noche, cuando todos han terminado sus tareas y su cena, y la curiosidad se apodera del pueblo entero en el ocio hereditario que aún no ha violado la esclavitud de la televisión, los jóvenes actores discutían sobre los supuestos milagros que hacen los *sadhus* o santones religiosos venerados en toda la India como hombres de Dios, algunos de los cuales abusan de la credulidad de las masas para ganarse el res-

peto y el dinero de los fieles con trucos de magia, cuya ejecución es pura prestidigitación, pero cuyo contenido aparece como religioso. El truco favorito consiste en hacer aparecer cenizas sagradas, que son objeto de especial veneración, del puño cerrado que estaba vacío un momento antes, cuando la mano estaba abierta a la vista de todos, y que luego hace como si salieran las cenizas del cuello o de la manga de cualquier víctima voluntaria, o incluso llovidas del cielo; entre la veneración y la sorpresa del pueblo crédulo. También se hacen aparecer estampas y medallas de los dioses favoritos, puede quedar el *sadhu* suspendido en el aire, adivina cosas que hayan sucedido en el pueblo el año pasado y predice las que hayan de suceder al siguiente. Programa completo que, con variantes personales, se repite de fiesta en fiesta y de pueblo en pueblo y satisface a las necesidades espirituales de la gente y a las materiales del *sadhu*. En la India basta vestirse de *sadhu* para no morir de hambre.

Nuestros jóvenes actores discutían todo eso en el escenario, y luego, como parte de la representación, hacían una oferta al público: «Si hay algún *sadhu* entre ustedes que esté dispuesto a obrar cualquiera de esos milagros aquí en el escenario, a la vista de todos nosotros, le daremos un millón de rupias». Eso producía una mayor conmoción en el auditorio que el final de una tragedia melodramática. Se exhibía el millón de rupias en billetes, que eran muchas rupias y muchos billetes, como nadie en el pueblo había visto nunca juntos, y se vivía por unos momentos la emoción de la espera. Todos los cuellos se volvían a un lado y a otro, deseando que saliera algún campeón

de la fe y aquellos jóvenes descarados perdieran el millón de rupias.

Entonces salía el campeón de la fe. Desde detrás del público se oía un «¡Yay Mahadev!», grito sagrado de combate espiritual (algo así, para dar un equivalente cultural, sin intención alguna de comparar ni menos ridiculizar la situación, como un «¡Viva Cristo Rey!» sonaría en nuestros oídos), y un auténtico *sadhu* con barba, tridente ritual (otra vez, en equivalencia cultural, algo así como el báculo de un obispo) y vestido «butano», aparecía en la última fila triunfante y confiado, se abría paso entre el público que lo ovacionaba, subía al escenario, invocaba a Dios y se ponía a hacer todos los milagros de la serie. Las cenizas, las medallas, las adivinanzas y las predicciones, con un par de actuaciones de propina. El *sadhu*, desde luego, era uno de nuestros jóvenes actores disfrazado, aunque la gente no lo sabía ni lo sospechaba, y creían que era un hombre de Dios auténtico y que auténticos eran también sus milagros. Ante su actuación impecable, los espectadores exigían que se le diese el millón de rupias y los actores, racionalistas, cariacontecidos, tenían que acceder a ello.

Pero en aquel momento surgía del público otro actor, se proclamaba agnóstico de convicción y mago de profesión, y repetía uno a uno los trucos del *sadhu*, explicando el sistema y revelando la trampa. El mismo *sadhu*, ante tal evidencia, tenía que rendirse, confesaba ante todos que había engañado al pueblo y devolvía el millón de rupias. No paraba allí la cosa, pues, para grabar más la lección en la mente del pueblo, los actores entonces se indignaban; se abalanzaban sobre el *sadhu* y se ponían a darle una paliza; paliza de es-

cenario, claro, sin golpes de verdad, pero lo suficientemente bien ensayada para parecer real y hacer al *sadhu* pedir misericordia a gritos por todo el escenario.

Y aquí venía lo interesante (y digo «venía» porque sucedía en todos los pueblos, no sólo en el que yo vi) y lo que constituye el motivo y la inspiración que me hace contar aquí todo este incidente. La gente había entendido perfectamente que el tal *sadhu* era un impostor y que se trataba tan sólo de una representación teatral; pero era tal el poder del «pañó», del vestido color «butano», de la imagen del hombre de Dios en la mente del pueblo, que al empezar la paliza, los espectadores se levantaban a una y gritaban: «¡No le peguéis!, ¡dejadlo en paz!, ¡dejadle marchar!, ¡es un hombre de Dios!, ¡no le hagáis daño!» Y los actores racionalistas, con todo su celo reformador, veían destruida su evidencia por el sentimiento religioso del pueblo devoto. Consegúan salvar el millón de rupias, pero no había paliza, no había lección.

No es que los del pueblo fueran tontos. Sabían perfectamente lo que había sucedido. Es que la imagen no muere, y ver cómo un hombre vestido de hábito religioso, aunque sea un actor recibe una paliza, es algo que el público hindú no puede soportar, aunque sea merecida o aunque sea de mentirijillas. La imagen hiere, desentona, desgarrá. El público se pone de parte del color «butano» y grita a una : «¡Dejadlo en paz!»

La imagen no muere. En nosotros tampoco. Asentimos a la trascendencia, reconocemos el misterio, apreciamos el silencio. Pero la imagen persiste y el concepto se agarra y la idea no cede. Hay en nosotros,

bien en el fondo del alma y de la conciencia, una mezcla de rutina, miedo, superstición, resistencia al cambio y comodidad en lo aprendido, que repite valores iniciales y proyecta imágenes de infancia a lo largo de toda la vida. El álbum de familia al que volvemos con cariño, porque garantiza que nuestro presente es continuación de nuestro pasado. El peligro es que la continuidad se haga estancamiento.

Tenemos en castellano una expresión religiosa que encierra un valor indudable en su profunda sencillez, a la vez que un peligro que con frecuencia se nos escapa, precisamente por el candor inocente de la profesión espontánea de fe que entraña. La expresión es: «la fe del carbonero». Toma la imagen de la profesión más humilde que conoce, del trabajador que se mancha de negro al cargar sobre sus hombros los sacos de carbón y descargarlos en las carboneras de los pisos para que se calienten los hogares que aún funcionan con carbón; supone que el trabajador no tiene estudios, pero tiene fe; que en medio de la negrura y la molestia del polvo del carbón está satisfecho con su vida y agradecido a Dios, sin quejarse ni preguntarle por qué carga él con el carbón y otros lo queman con toda comodidad; y lo pone como modelo a una sociedad sofisticada que ahoga el concepto de Dios en dudas filosóficas y quejas existenciales más negras en sus almas que el carbón en las manos del carbonero. Y surge la frase en el católico honrado que afirma su fe sin ambages por encima de cualquier otra consideración de clase o de saber: Para mí... ¡la fe del carbonero!

En uno de mis viajes a España, estaba yo hablando una vez con una señora muy culta, y la conversación,

por ser yo sacerdote y desconocer por mi ausencia temas de actualidad en España, pasó pronto por necesidad al terreno religioso. Apenas mencioné yo el nombre de algún movimiento o tendencia en la Iglesia moderna, cuando la culta dama me paró en seco y me dijo: «No quiero oír nada de esas cosas. Para mí... la fe del carbonero». Quizá fuera porque oía yo esa frase por primera vez después de muchos años, o por el contraste tan marcado entre el carbonero y la dama refinada, o por mi interés personal de «hobby» sagrado en todo lo que se avance en exégesis, cristología o sencillamente serio pensamiento religioso; el caso es que reaccioné inmediatamente y le dije más o menos: «Señora, usted es una persona de cultura muy por encima de lo ordinario; usted entiende de arte y música, sabe distinguir a primera vista entre un Renoir y un Monet, habla cinco idiomas, me diría en seguida quién ha conseguido el último Goncourt o el último Nadal, me dice que le gusta más como director Ricardo Mutti que Claudio Abbado, y puede mantener una conversación inteligente y amena sobre casi cualquier tema del mundo... excepto el de religión. Ahí hay algo que falla. Usted ha ido aumentando sus conocimientos y refinando sus gustos a lo largo de la vida en todas direcciones... menos en una, que es su entender a Dios y a Cristo y a su evangelio. En eso se agarra usted al catecismo que aprendió de niña y a las clases de religión que le dieron en el colegio hace no quiero saber cuántos años, y no sale de ahí. Ahí se atasca. Y se refugia con rapidez, casi con orgullo, en el dicho, para mí tristemente castellano, de 'la fe del carbonero'. Señora, la fe del carbonero está muy bien para el carbonero, pero no para usted. La fe del

carbonero es para el carbonero, como la fe del ingeniero es para el ingeniero, la del filósofo para el filósofo, y la de una persona culta para una persona culta. Me atrevo a decir que una de las causas de la desorientación religiosa que se observa hoy en España en familias tradicionales en materia de creencia y práctica religiosa es precisamente ésta: la generación adulta de hoy no ha desarrollado un entendimiento inteligente del catolicismo paralelamente al conocimiento de su especialidad y al ejercicio de su profesión. Hemos dado a luz a una generación de excelentes técnicos, grandes médicos e ingenieros, economistas y empresarios que eran autoridades en su terreno... y carboneros en religión. Así nos ha ido». La culta dama, objeto de mi ataque, salió airosamente del trance diciéndome con donaire: «Es que a mí los curas jóvenes como usted me dan miedo». Me halagó que me llamara «cura joven», cuando tengo más de sesenta años (aunque, desde luego, ella tenía más, lo que justificaba el apelativo relativo), y nos despedimos amistosamente. Quizá a ella se le olvidaría el incidente; pero a mí se me quedó grabada mi propia respuesta, que me había salido espontánea en el calor de la discusión: la fe del carbonero está muy bien... ¡para el carbonero!

La respuesta, además, no era mía. Está en el evangelio. Se habla allí de un rey que marchó a un país lejano y dejó a un súbdito suyo diez «talentos», a otro cinco y a otro uno, con el encargo: «Negociad con esto mientras yo estoy fuera». ¿Qué son esos «talentos»? En castellano, la palabra, quizá precisamente por ese abolengo bíblico, quiere decir desde talento para las matemáticas hasta talento para pintar cuadros. Todo

hay que desarrollarlo, porque todo viene de Dios. Pero no cabe duda de que, junto a esos talentos de la vida humana, se nos han dado también y hay que desarrollar «talentos» de cuño divino, capital más valioso que fuerza física o valor artístico, dones de virtud y de gracia, de amar el prójimo y servir a Dios, de oración y de fe, de entendimiento de doctrinas morales y verdades espirituales y, en ellas, del dador de todos esos dones, que es Dios mismo. Ese es «talento», moneda de oro fino con el nombre de Dios grabado a troquel en ella; talento que es signo y garantía de todos los demás talentos de la mente, el cuerpo y el espíritu; y talento que hay que desarrollar y multiplicar y hacer valer mientras el Rey «está de viaje». Hay que ampliar el conocimiento de Dios que se nos dio al empezar la vida; hay que enriquecer el concepto; hay que sacar todo el partido posible al talento que es prenda y base de todos los demás talentos.

Uno de los súbditos del rey cogió el talento, lo envolvió en un paño, lo enterró en su huerto y, cuando el rey volvió, lo desenterró, lo desató, lo limpió, lo bruñió y se lo presentó triunfante al rey: «¡Aquí está tu talento! Exacto como tú me lo diste». Y el rey se enfadó.

Y pienso yo que si alguien guarda el talento de los talentos, el concepto de Dios, tal y como se lo dieron al empezar la vida, si es fiel y seguro y desconfiado, y envuelve y entierra y esconde, y al encontrarse con el Rey saca el talento, bruñido pero solitario, y le dice: «Señor, he aquí el talento que me diste; el concepto de Vos, Dios y Señor, que ha sido el mayor tesoro de mi vida. Helo aquí tal y como lo recibí, sin mancha ni mella; el concepto que de Vos tenía mi

padrino de bautismo cuando recitó el credo en mi lugar; el que aprendí yo en el catecismo y profesé en la primera comunión, el que he defendido contra tentaciones y dudas y novedades, y presento ahora puro y reluciente ante Vos con el agradecimiento de mi vida y la exactitud de mi vigilancia. Aquí está, Señor...», pienso —digo— que si alguien calcula así y obra así, y cree que con ello se va a ganar un premio y una felicitación al final de la jornada, se va a llevar un buen chasco cuando se yerga y mire el rostro del Rey y oiga su veredicto. El Rey se enfadará.

«Negociad con esto mientras estoy fuera». Hay que negociar con el tesoro mayor que tenemos: el concepto de Dios. Hay que avanzar en su conocimiento.